

SAN MARTIN Y VIAMONTE

TRES NUEVAS REVISTAS PORTEÑAS

Generalmente una revista responde —y es lo menos que se puede pedir— a una razón. Una razón política, una razón económica, literaria o estética. Y esa razón se transforma en su causa de existencia, lo que se podría llamar “plataforma”, programa, intereses.

Esa razón es el “por qué”. Estas circunstancias van configurando las características de una revista, que al ser juzgada en virtud de ellas se intenta, por una parte, *calificarla* y, por otra, *clasificarla*: valoración y ubicación, que es y como es una revista. Su personalidad.

La parte valorativa de una revista es, *en gran medida*, subjetiva. Quiero decir que podrá parecer buena o mala según el gusto y sentido del que la lee. En cambio, es muy difícil que un lector crea, por ejemplo, que *Criterio* defiende los intereses de Moscú ante la U. N. (aunque ¿quién sabe?).

Tenemos, por lo tanto, que una revista puede ser el órgano de expresión (así le dicen) de unos comerciantes minoristas, y que se ocupe, consiguientemente, de publicar las noticias relacionadas con ese gremio: balances, defunciones, primeras comuniones. El grupo de revistas que responde a estas características, presenta una multicolor variedad: sindicatos (taximetristas, jockeys, idóneos, etc.), círculos (filarmónicos, espiritistas, teósofos, esperantistas). Aunque, bien mirado, estos últimos constituirían de por sí un grupo aparte, en tanto trascienden lo puramente pragmático para ocuparse de más arduos problemas (v. g. masonería, mesmerismo, etc.).

Lindante con este segundo grupo de revistas (pragmático-culturales), se encuentran las que se ocupan de las cosas del espíritu, vamos, de lo puramente desinteresado: son revistas que generalmente nadie compra, pero que todo el mundo lee y comenta. Es la revista académica (historia, psicoanálisis, filología, historia musulmana). Lógicamente, se trata de revistas muy serias, de formato grande, con muchas páginas, sin grabados ni lemas y que están auspiciados por algún centro de alta cultura.

De formato menor y de menor precio son las revistas que se ocupan de todo lo que pasa en el mundo: gestación, nacimiento, casamiento y muerte de Gide, *verbi gratia*, pero que no saben una palabra del problema inmediato y pedestre del país donde se publican.

Reglón aparte merece el tipo de revista donde se puede escribir lo que a cualquiera se le de la gana, con un mínimo de sanidad mental. Pero malos están los tiempos para esas tribunas libres.

Otras revistas, pequeñas en tamaño y precio, son aquellas que llevan al frente un lema y que dicen —por lo general— responder a determinada tendencia (política o artística, en la mayoría de los casos). Son fácilmente identificables por sus características de cronología (juventudes, generaciones) y sirven para que alguien publique sus primeros versos, cuentos o ensayos. Generalmente con muy buena voluntad y pésima sintaxis. No importa. A veces, muy pocas, se utilizan para concertar cordiales relaciones con maestros, académicos y figurones. Lamentablemente.

Han aparecido tres nuevas revistas en Buenos Aires: una, *Buenos Aires*

literaria; la otra *Semirrecta*, la tercera: *Nueva Revista del Río de la Plata*.

Buenos Aires literaria, bueno es dejarlo dicho, es una revista muy bien presentada, cabalmente escrita, bien pensada. Esto desde el punto de vista valorativo. Pero tiene peros. ¡Cuándo no! Sobre todo en lo que a su ubicación respecta. Esta revista se llama *Buenos Aires literaria*. Fijarse bien: *Buenos Aires literaria*.

Buenos Aires: miro los artículos: "Cervantes" (escritor español según Hurtado y Palencia); "Testimonios contemporáneos" (abro en la página 11 y leo: Beda, Decamerón, Celestina, Federico II, Lorenzo Valla, Renán, Acrópolis, Worringer, Manhattan, Rockefeller Center, Reims, Rockefeller Center de nuevo, Manhattan otra vez Clara Petaci, Cocteau, Stalin, Lana Turner, Ricardo Levene ¡uno!, Aga Khan, Dalí, Mossadegh, y así hasta Prometo, Jeremías y Bizancio); "Riba d'Aria, riba d'Aria" (versos gallegos según me informo); "El fuego" y "El paisaje" (dos poemas en castellano que hablan de Lucrecia Borgia, de Antígona, de Genoveva desnuda y de columnas dóricas); un cuento de Kafka (que según el libro de Max Brod, traducido por Carlos F. Grieben, nació en Praga el 3 de julio de 1883. Cfr. pág. 11); "La tierra se anuncia al Almirante" (que no es Brown sino Colón); "Dilemas dramáticos" (algo sobre el Congreso de la libertad de la cultura, sobre París y sobre Albert Camus); "Letras extranjeras" (lógicamente no son cosas porteñas ni argentinas, aunque habría que verificarlo); "El gran inquisidor" (una nota sobre Borges ¡bien por Borges!); "El pedestal de un erudito" (se habla de don Pedro de Angelis ¡viva de Angelis! ¿o, quizá? ¡viva Rosas!); "La soledad de Barrabás" (un comentario sobre el último libro del último premio Nobel. Aunque ya, creo, son penúltimos. El premio Nobel, conviene aclararlo, no es un porteño y menos, mucho menos, un argentino); "El ego y su relación con el ser" (un artículo muy serio); "Miguel Ocampo" (¿un argentino? ¡Oh! Sí. Y dicen que porteño); "Diomedes" (no sé. Me tengo que informar). En "La tarasca" (¡tirarle que colea!), donde pensé encontrar lo más "Buenos Aires", sólo leo (entre una balumba de Lain Entralgo, Comédie Française, Charron, Dostoievsky y Stravinsky) un Laferrère, un Núñez Achard y un Juan Carlos Ferrari. La última nota es una "Carta de Madrid" (capital de España).

Así es que vemos, al hacer el balance de este prolijo escrutinio de "Buenos Aires", que solamente hay un Levene, un Borges, un de Angelis y dos o tres cosas más porteñas o argentinas, entre una infinidad de nombres y problemas nada desdeñables, pero nada, absolutamente nada "Buenos Aires".

En cuanto a "literaria", el balance también es negativo, y si no tan agobiador como con "Buenos Aires", por lo menos igualmente inexacto: más historia y más filología que verdadera literatura.

¿Dónde —por lo tanto— ubico esta revista dentro de mi primera clasificación? ¿Sindicato? No; evidentemente no. ¿Círculo? Tampoco. ¿Esperantistas? No, no. Sin duda alguna tengo que pasar al otro grupo: los que se ocupan del espíritu sin connotaciones pragmáticas. ¿Académicos entonces? No. "Buenos Aires" se salva de esa ubicación por tres cosas: por su formato chico, porque se compra y porque ningún centro de alta cultura la auspicia. ¿Tribuna libre, por consiguiente? No. Todavía no; aunque muy bien podría ocupar el lugar vacante que dejó "Nosotros". Tengo, entonces, que pasar al grupo siguiente (grabados, precio, formato). Pero con la insalvable característica —hasta ahora— de ocuparse de todo lo que pasa en el mundo, pero no del país donde se publica y de la ciudad cuyo nombre ha tomado.

Se me podría objetar que esta "Buenos Aires" quiere ser la receptora de lo que pasa en el mundo de la cultura. Está bien, sin duda alguna;

pero es evidente que lo exclusivamente receptor, si no es negativo en su dinámica, por lo menos no sale de la pasividad. Y la pasividad en todo orden de cosas es penosa. Es necesario pasar al otro extremo dialéctico: a la actitud emisora. ¿De qué?, se me podría preguntar. Es evidente que muy pocas, casi ninguna, son las cosas que pasan aquí dignas de mención. Pero aún así, pudiera muy bien ocurrir (como en la teoría periférica de James-Lange), que de tanto hablar, algo pasara. Bien valdría la pena.

Buenos Aires literaria anuncia un segundo número dedicado a Ricardo Güiraldes. Me alegro.

La segunda revista porteña se llama *Semirrecta*: *Semirrecta* se anunció como "un impacto en la conciencia argentina". Creí que se trataba de gente joven; pero encuentro entre sus colaboradores a don Enrique de Gandía y a don Arturo Berenguer Carisomo. Pero ¿entonces el impacto lo iban a propinar dos señores tan respetables? No coincidían los términos. O impacto o respetabilidad. Ni una cosa ni la otra. Pellizcón apenas.

La tercera revista de que me ocupo se llama, dije, *Nueva Revista del Río de la Plata*. El título me hizo pensar en Lamas y en Gutiérrez. La tapa en un grupo disidente de espiritistas. El contenido, prefiero callarme.

DAVID VIÑAS

OTRAS INQUISICIONES, Jorge Luis Borges, Sur, 1952.

Hacer distinciones entre las calidades de las pasiones es siempre comprometedor. El temor a las clasificaciones es obra de un prejuicio inconsciente que nos deja creer en la existencia de una sola pasión: la afectiva, la sentimental, que a veces puede referirse también a la estética. La pasión por las ideas, falsamente, incluye la lícita noción del apasionamiento por las cosas que se incluyen en ellas. Se habla del intelectualismo como de algo estático, un escaparate objetivo por el cual no corre la vida. Nada de eso. Se puede advertir que las ideas elaboran una existencia en todo semejante a la otra y que de sus relaciones, juegos, imposiciones, se desprende un cierto tipo de intensidad, sólo definible por vía de la pasión. Hay una pasión de las ideas, por las ideas, que no tiene nada que ver con las cosas que ellas representan, sin que a eso pueda atribuírsele frialdad. La vitalidad de las ideas puede manifestarse en las relaciones que entre ellas se crean, en la comprensión del especial mundo que fabrican, sin la conexión urgente, contagiosa, de los hechos. Los hechos tienen otro plano de consideración y para introducirse en él se precisa de otra intensidad, diferente de la que estoy tratando de limitar. He notado con claridad, en algunos casos, una pasión por las ideas, por ejemplo en Borges, a quien las menciones concretas de la realidad no le son sino una reminiscencia de otras cosas vividas en los planos superiores del espíritu, donde danzan las sombras de las cosas una verdad no ordinariamente comprehensible. Borges puede palparlas, considerarlas, valorarlas, con una capacidad de mensura estrictamente original, que no se desprende, sin embargo del contacto inmediato con la expresión, ni con el tema, que, aunque exteriormente propone, por su sola mención, variantes de interpretación, no sirve para comprender esas caracterizaciones tan manuales, tradicionales o académicas "ad usum docendi". Lo que Borges pueda decir por ejemplo de Dante o de Mallarmé nada tiene que ver con lo que generalmente conocemos como útil. Los temas que Borges considera, tienen entre sí una unidad de otra esfera, están ligados por apetencias menos fácilmente discernibles, pero tan íntimamente parejos que todo libro suyo se impone en bloque al espíritu. Quiero recordar *Carriego* u *Omar Kahyam*. Tan separados, tan distintos, tan otros mundos. Sin embargo, rasgando la superficie hay un encuentro en lo fun-